

LA SIBETIA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año XI

✱

BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1900

✱

Núm. 498

COLECCIÓN ZOOLOGICA



Su Majestad el Rey de los animales



Cuartillas sueltas

Las notas más importantes que encuentro en mi cartera, correspondientes á la estación... digo á la semana (el calor empieza á trastornarme el sentido, á ponerme fuera de mí), pertenecen al eclipse solar y á las iniciativas escolares de García Alix, que no es ni siquiera astro.

Todavía se habla de la misteriosa conjunción, como dicen los pseudo-astrónomos.

Aquí, en Barcelona (yo no he podido moverme de la capital por culpa de un pícaro dolor reumático en las articulaciones), no ha habido misterio ni cosa que lo valga, y aun lo de la conjunción lo pone en duda mi carbonero.

No hay que burlarse de la industria. En Guadix hubo un carbonero alcalde, que supo avergonzar á los franceses, durante las luchas inenarrables de la Independencia.

Lo único bueno que ha tenido para nosotros el espectáculo, es que toda la gente salió á luz. Terrible contradicción cuando se busca una sombra que no está á la orden del día. Un viejo paralítico mandó que rodasen su poltrona con ruedas hasta el balcón:

—¡Quiero verlo!—decía.—Ese es el fenómeno de la muerte. Anularse un minuto para seguir viviendo toda una eternidad.

Cuando terminó la danza, añadió con tristeza:

—Ni siquiera se eclipsa uno del todo.

Hay hombres así, que hasta se quejan porque no se mueren.

*
*
*

Bueno, pues como explicaba, los terrados, los balcones y hasta el arroyo, pobláronse de seres humanos, más ó menos chuscos. La melancolía, el pasmo que anuncian los que andan á vueltas con el telescopio, no parecía por ninguna parte.

Ni *tampoco* en los animales.

Creo que el único asombrado era yo.

Para fin de fiesta, y de ironías sublimes ó celestes, daba gusto ver las terrazas llenas de sombrillas y parasoles.

Puedo afirmar, eso sí, que el sol no calentaba; pero en cambio hasta los hombres se protegían contra las caricias del astro padre.

—¿Por qué será eso?

—¡Hombre!—me dijo uno que ha sido joven, diputado antes que concejal; concejal antes que elector; elector antes de aprender á escribir, y que en la actualidad no desconfía de que le manden á un gobierno, si perdura Silvela. Pues la cosa es sencilla. ¿Usted cree que no resulta cierto que España sea el país de los *viceversas*, como viene afirmando el dicho popular? ¿Pues cómo, si no fuera así, aspirarían hombres de mi temple á ser representantes de la nación?

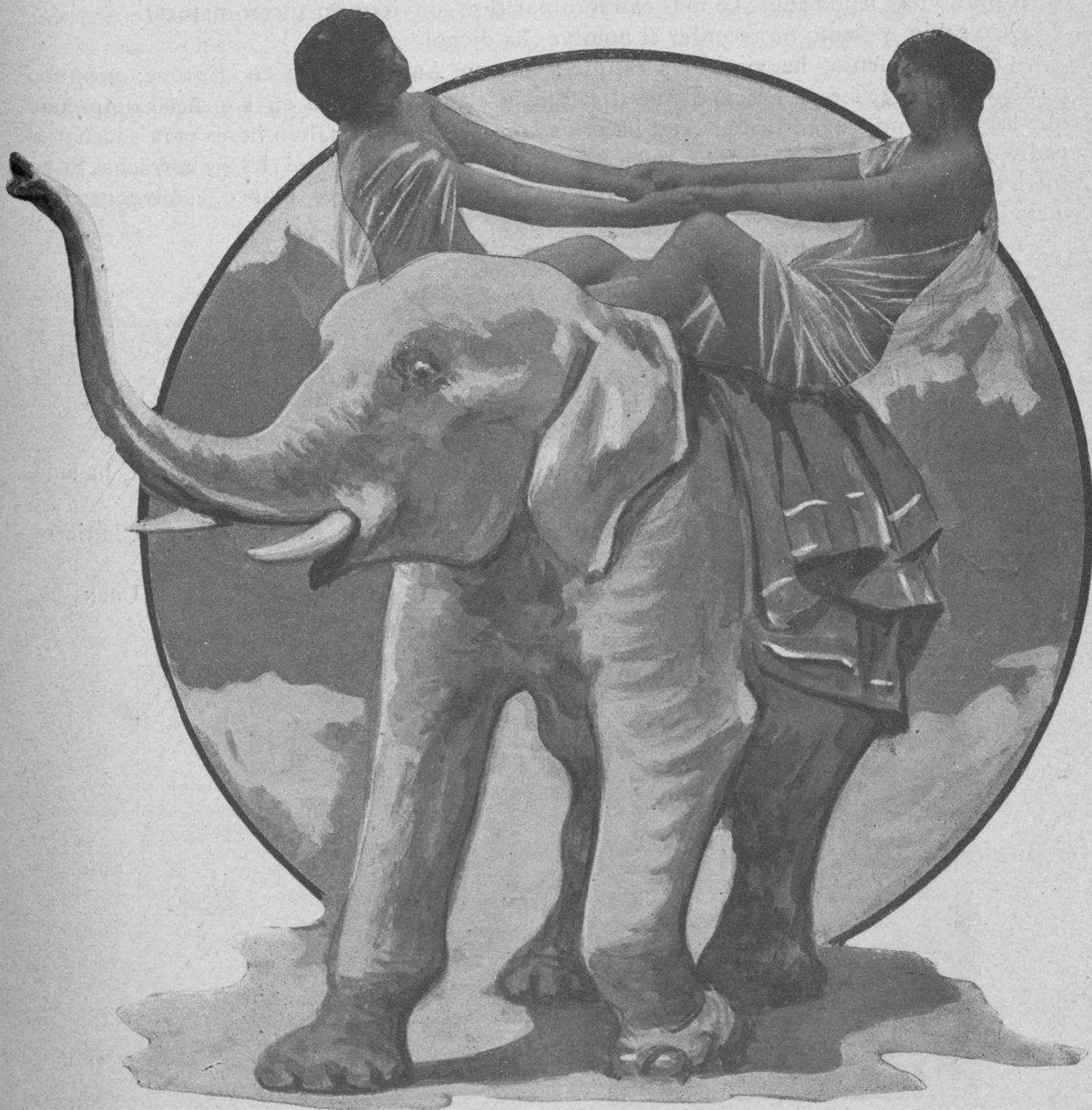
Cuando el sol no se eclipsó totalmente en Barcelona, y no obstante se produjo en la atmósfera un cambio rudo, casi fiero, aun seguían resguardándose las señoritas y las señoras viejas de aquella luz que por no ser ni crepuscular era. ¿Qué temían? ¿Qué el sol les quemara el cutis? Nó, no temían nada: es que sobre toda emoción que pueda despertar en su espíritu la Naturaleza, está triunfante el sentimiento de la vanidad.

Lucían la sombrilla en la penumbra, como lucen los sombreros en el teatro.
El sombrero es un adorno, aunque incomode.
La sombrilla también.

* * *

Puede ser que haya ayudado la lección tan bien aprendida por nuestros patriotas y nues-

COLECCIÓN-ZOOLÓGICA.—ELEFANTE



—¿Cuándo te da más miedo este animal?
—Cuando mete la pata.

La Saeta

tros políticos. Podrán disputarnos las naciones extranjeras una infinidad de cosas: el gobierno del país; la agricultura; las artes y las ciencias. Pero el secreto de tener sol y ser felices, jamás.

Por eso, hasta los sabios, medio convencidos, han señalado nuestra tierra para campo de sus observaciones.

—Veamos,—han dicho,—si ese sol, de que tan orgullosos se muestran los peninsulares iberos, no se parece á ningún otro.

Uno de ellos ha quedado completamente convencido.

¡Como que por culpa de *nuestro* sol ha perdido la respetable cantidad de cinco mil pesetas, que pasó por arte de su conjunción admirativa con la conjunción celeste al bolsillo de un carterista experto!

La melancolía de estos tunos, y la influencia del sol en su conciencia, que me la planten donde yo diré.

El sabio en cuestión recurrió inútilmente á la policía.

Entonces supo, dolorosamente, que en España no pueden pasarnos los eclipses.

Aquí no hay fenómenos. Lo más extraordinario se convierte en suceso natural.

Otro sabio, y siento no recordar el nombre, ha dicho:

—Estoy contento, he visto tres eclipses: dos en América, uno en Europa; ninguno puede compararse á éste. Ciertamente es que el sol no es el sol más que en España. Comprendo que las gentes no tengan tiempo para hacer nada útil, porque les faltan horas para adornar al padre del sistema; comprendo que amen los toros y la *juerga*. Su sol les emborracha. Si yo fuera español, no sería sabio. Hasta cuando se eclipsa el sol no es blanco, como ocurre en otras latitudes: es rojo.

Y por decir «¡viva el sol!,» gritó:

—«¡Viva España!»

*
* *

Este patriotismo *extra* no me impide quedarme frío.

Casi con el eclipse del sol han coincidido los decretos escolares de García Alix.

Lo que ha hecho también el ministro, á pesar de los que confiábamos en él, ha sido eclipsarse.

Esto prueba que, ni aun mirando al sol, podemos olvidarnos de las tristezas de la tierra los españoles.

CLAUDIO UGENA



Tarde de regatas.

MIS MUJERES

LA GITANA.

VII



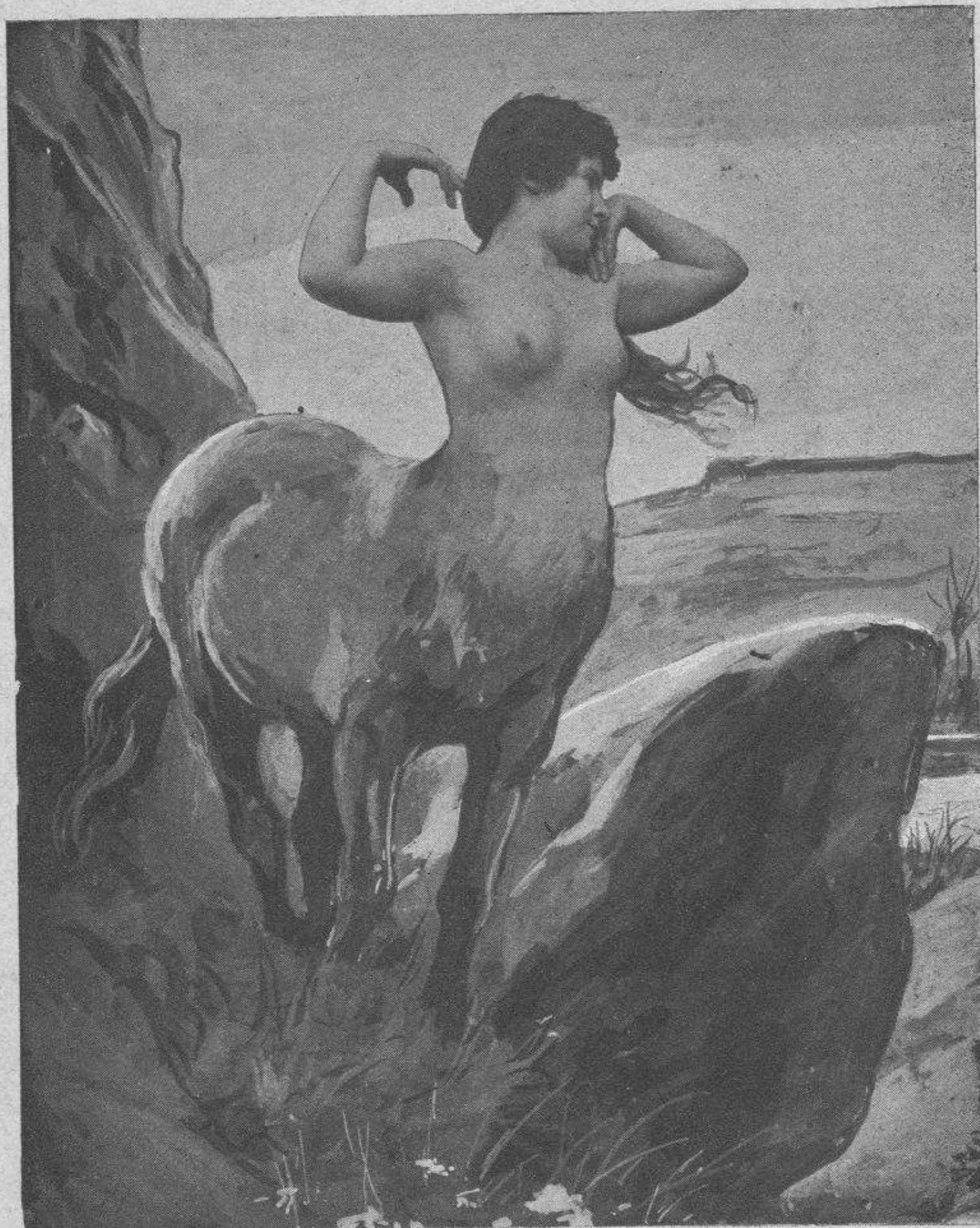
UESTRA orgía al aire libre, sobre un terradillo resguardado del sol por un toldo de lona, fué apacible fiesta, manso regocijo de dos seres á quienes une en dulce consorcio de sentimientos el dolor y la piedad. La lujuria estaba fuera de nosotros, en la Naturaleza pagana, gentil; sentíanla el ambiente cargado de perfumes que se exhalaban de los tiestos y macetas profusamente y sin orden distribuídos; la luz que reverberando en la mar dormida producía no sé qué extraño cosquilleo á los ojos; el fuego que caldeaba la atmósfera; la brisa que se levantaba del horizonte marino confundiendo, al producirse el choque misterioso, las esencias de la tierra con los olores del Océano. En nosotros nó, lo repito; ¿qué transeunte, de los muchos que pasaron por la Explanada y que volvieron la cabeza instintiva ó curiosamente hacia el café Farruco, podría afirmar que la gitana y yo éramos dos amantes locos, á quienes la dicha cubre con espeso manto que les impide ver al mundo entero delante de sí?

Y sin embargo, aquella mujer empezaba á marearme el espíritu; sentía yo la deliciosa embriaguez de las almas enamoradas, los deleites vagos, incomprensibles del hombre que

COLECCIÓN ZOOLOGICA.—MURCIELAGO



Como los serenos, sólo sale de noche.



Bicho que, por razón de economías, fué abolido hace ya bastantes días.

tiende los brazos para coger en ellos un ideal que ve dibujarse con claridades luminosas en lo azul, y que le deslumbraba. Oía hablar á la gitana como si su voz fuera música, y mis pupilas copiaban su busto gracioso para que el pensamiento se recrease en él poetizándolo, añadiéndole bellezas que sin duda no reunía. No sé si era amor, y si he de ser franco lo ignoro todavía; pero puedo afirmar que en aquel punto no parecía sino que un relámpago había encendido las tinieblas de una noche. Deslumbrado me tenía esa luz que no sabe nadie de dónde viene. Nunca hasta entonces me había sentido tan gozoso, tan alegre, ni en mis entusiasmos pueriles me acometió una impaciencia comparable á la de aquel momento, insana, pueril. Casi estábamos á lo último de nuestro festín cuando rompí un vaso.

—¿Qué te pasa? Parece que estás agitado,—dijo ella.—Quizás porque no has dormido.
—No tengo sueño.

Y como en aquella ocasión tenía la gitana las manos sobre su falda, las estreché nervioso por debajo de la mesa. Declaro, aunque parezca confesión ridícula, que me arrepentí de este involuntario arranque, con tanta presteza como lo ejecuté.

—Perdona, no fuí yo; he sentido una descarga eléctrica en los nervios y me parece que venía del corazón.

Miróme la gitana curiosamente; después se encogió de hombros. Proseguí con frase apresurada, apagando la voz como si temiese que me oyeran los pájaros juguetones que abatían el vuelo disparándose desde las palmeras moras para comer las migajas caídas en nuestro rededor:

—Siento una movilidad extraña en mi ser; parece que despierto ahora; no puedo estarme quieto y no es ansia de moverme; quisiera que no acabase nunca esta tarde deliciosa, en que el sol abrasa como si estuviéramos en pleno estío, y llegan hasta mí aromas regalados, como si ya se hubieran abierto todos los capullos de la primavera.

La gitana sonrió.

—Ya sé lo que es eso,—repuso,—yo lo he sentido también; no sé expresarlo, pero lo he sentido... igual, igual.

—¿Y ahora...?

—Ahora nó; ¿para qué engañarte?

La fiebre pasó entonces, dejando en mi ánimo melancolía profunda; pero la irritación no se fué y se tradujo en malhumor insano; creí que me acometía no sé qué furia, no sé qué enojo inexplicables: algo parecido al odio, que no era odio, porque más bien apuntaba el resentimiento contra mí mismo. Permanecí unos minutos *eternos* absorto, mudo. Ella cortó la pausa:

—No te incomodes: si necesitas que te quiera, te querré, pero no exijas más: pídemme cariño, pero no me pidas pasión; pídemme ternura, pero no pidas que te ame: estas cosas están fuera de nuestra voluntad. Además, querido, ¿tienes tú la certidumbre de haberte enamorado?

Llamé al mozo, pagué, y dije:

—Podríamos dar un paseo.

—Vendrás conmigo hasta la Altarería; ya sabes que está á un cuarto de legua de la ciudad; el camino es agradable, porque el campo es huerto, y los huertos jardines; te llevaré

COLECCIÓN ZOOLOGICA.—TIGRE



—¡Esto es trotar, caballeros!

La Saeta

COLECCIÓN ZOOLOGICA.—BOA

por una senda en que abundan los árboles y caminaremos solos; podrás hablarme todo lo que quieras sin temor de ofenderme.

—¿Quieres ir en coche?

—Nó, estoy cansada de aquel horrible vehículo; tengo los miembros encogidos; quiero ir á pie. Andaremos despacio para recrearnos en la hermosura del paisaje. También saben las gitanas admirar la obra de Dios. Nos sentaremos donde tú digas, y te oiré con la sonrisa en la boca.

Esto era demasiado fuerte para mi inexperiencia y para mis pocos años; no participaba ni he participado nunca de la necia preocupación que nos divide á los hombres según las razas; pero sí creía, por no haberlas observado de cerca, que las gitanas, siendo, además de mujeres, gitanas, no alcanzan á expresar tan delicados sentimientos, tan dulces expansiones del espíritu. Reconozco ahora el error y estoy absuelto del pecado de ignorancia. ¡Ojalá lo hicieran todos así! ¡Si era yo torpe en aquella ocasión! Medí el alma de aquella criatura desconocida, rara, incomprensible, por el torpe rasoero general. Dije:

—¿Si no me amas, cómo hablas de esa manera?

—No es preciso amar para ser buenos; no me amabas tú cuando me has recogido en tu berlina, sin conocerme, sin saber quien era yo. Tú has sido bueno, y no sólo me has atendido, sino que has procurado consolarme. La bondad ¿no lo sabes tú? también es amor. Más, éste es el amor eterno, infinito: los otros son amores, ramas, rayas del amor único. Soy gitana, como te he dicho, y te burles ó nó, las gitanas tenemos un don que no tenéis vosotros: el de acertar el destino de las criaturas; el de leer sus pensamientos; el de traducir lo que hay en su índole, en su carácter, y sobre todo, amigo mío, el de conocer si se inclinan al bien ó al mal. En nosotras hay mucho de sortilegio, de fanatismo, de engaño, de cábala aparatosa; pero también hay mucho de ciencia. En la Alfarería te lo probaré: yo conozco lo que vosotros llamáis hipnotismo en otra forma, y de él me valgo muchas veces. Ahora voy á decirte cómo influirás tú en mi vida. Dame la mano.

—¿La derecha ó la izquierda?—reliqué sonriendo con discreta incredulidad.

—Las dos.

Mirólas atentamente, consultando las líneas de la palma, y añadió haciendo un mohín indescriptible:

—Me quedo con la izquierda. La otra no se presta al horóscopo; las señales no son tan claras ni tan felices; lo único que puede leerse en ella es que alcanzarás larga vida, pero eso



¿Serpiente y mujer? Muy bien; á ver quién engaña á quién.

mismo se ve en la que escojo. Fíjate cómo se prolonga en la izquierda el desvío de la raya que va á confundirse junto á la muñeca con el palo primero de la M; esto indica que á la mitad de tu vida sufrirás un grave contratiempo, y que salvándolo, tu existencia será bienaventurada y dichosa. Para ser dichoso y bienaventurado, es preciso ser bueno; así, pues, tú no puedes hacerme daño alguno. Lo que más me admira y entusiasma, es que al final (ó sea cuando podrá llamársete viejo) el signo generatriz se reproduce. Ahora vuelvo á la derecha, donde está más marcado, más limpio y transparente: con esto ten por seguro que en tus postimerías alcanzarás la victoria firme y ruidosa de tus ensueños y el triunfo de tus virtudes.

—Por aquello de que hasta el fin nadie es dichoso.

—No te burles. Algún día recordarás el vaticinio de la pobre gitana, que no desea sino que Dios premie la caridad que le has hecho.

No me burlaba; aquel modo tan singular como gracioso de decir la buena ventura acabó de cautivarme, avivando la llama que me consumía, y añadiendo nuevos encantos á la interminable serie atesorada por mi loca imaginación. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo no adorar á aquella criatura ingenua, dulce, sutil, en quien se sumaban tan raras cualidades? ¿Cómo no aplaudir tanta gracia junta?

—¿Y para aquél, para el ingrato, desplegabas tanto ingenio y tanta travesura?

J. F. Luján

COLECCIÓN ZOOLOGICA —LEÓN



La Belleza dominando á la Fuerza.

HISTORIA ROMÁNTICA

(PERO CORTA)

Mientras la trémula luna
clara en el cielo y serena...
en tanto que aullan los perros
porque no ven á las perras...
se oyen los dulces sonidos
que despide una vigüela
que, ó son lamentos de arcángel,
ó silbidos de sirena.

En la más alta ventana,
de tortuosa calleja,
ventana que está adornada
por tiestos y por macetas,
en cuyos fondos florecen
la mar de flores diversas,
espera triste y llorosa
á su galán «La morena.»
Mas al oír los acentos

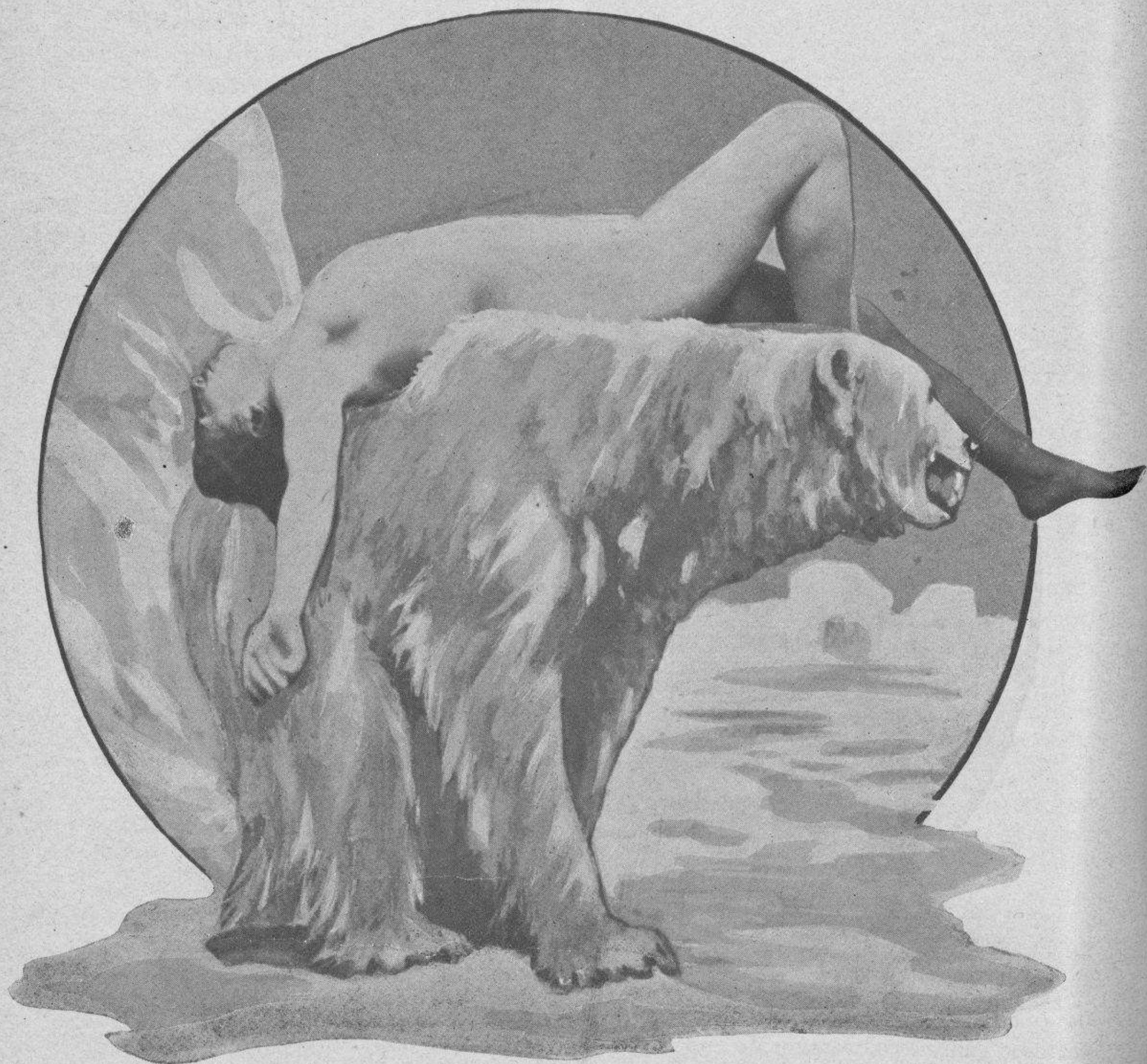
que dan al aire las cuerdas
de la andaluza guitarra
que su adorado rasgüea,
levanta su rostro al cielo
y disípase su pena.

Al acabar una copla
que de amor puro va llena,
un ¡ay! de muerte da él
y un ¡Dios me valga! da ella.

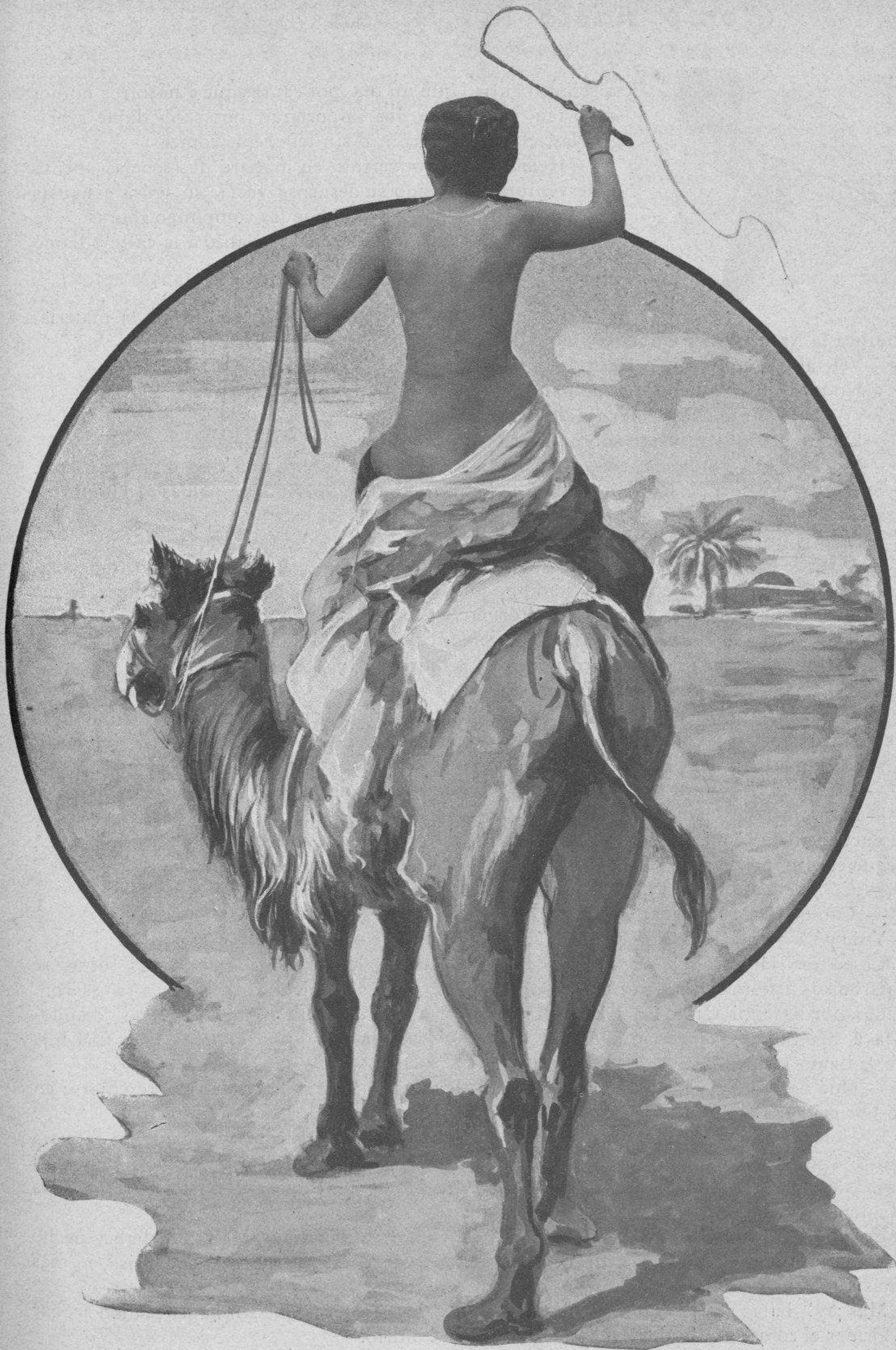
A la mañana siguiente
encontraron en la acera,
debajo de la ventana
de Matilde, «La morena,»
junto á una guitarra un hombre
y un tiesto de enredadera,
que, por lo visto, sin duda
le deshizo la cabeza.

L. E. LÓPEZ DE HARO

COLECCION ZOOLOGICA.—OSO BLANCO

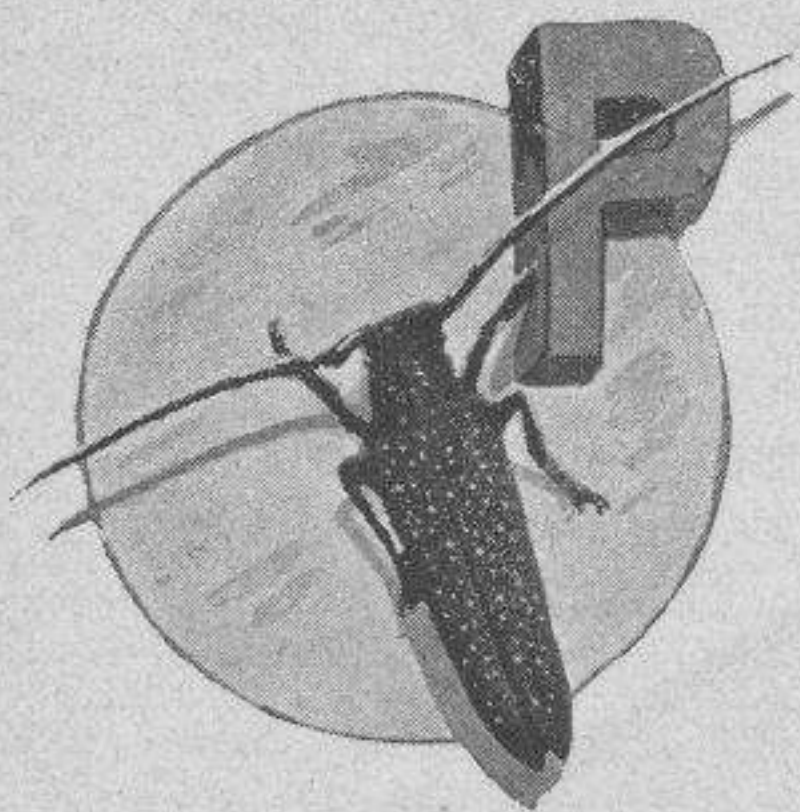


Cama blanda y fresca (estilo polar).



El automóvil del desierto

Como nació la Moda



UES señor, ocurrió que un día, por causas que á nosotros no nos importan, ni aunque nos importaran nos sería dable averiguarlas, el Arte se encontró sin tener qué comer.

—Héteme aquí convertido en maestro de escuela,—pensó el desventurado, viendo su despensa vacía, su bolsa exhausta y su hogar sin fuego.—¿Cómo me las compongo ahora?

Aguijoneado por la necesidad, se lanzó á la calle y llamó á la puerta del Hombre.

—¿Quién?

—Soy el Arte, el Arte sublime que transforma la materia, modifica la Naturaleza y embellece la realidad.

—Vete al diablo. No te necesito para nada.

—No tengo ni un mendrugo de pan que llevarme á la boca.

—¡Y qué! ¿Tanto cuesta morir de hambre?

—Es que ni siquiera tengo sobre qué caerme muerto.

—No le hace. Tú muérete, y por lo demás no te preocupes: sobre una cosa ú otra te caerás.

Sospechando que porfiar era perder el tiempo, el Arte volvió las espaldas al Hombre y llamó á la puerta de la Mujer.

—Socorredme, señora; soy el Arte.

—¿Arte de qué? Porque hay el de cocina, el de tocar la guitarra, el de vivir sin trabajar...

—Soy el Arte en su acepción más amplia y más noble; el Arte *per se*, el que pinta, el que esculpe, el que arranca sus secretos á la Forma y su luz á la Inspiración...

—Tanto gusto en conocerte; pero... hoy tengo colada, y no estoy para tonterías.

—Ved, señora, que si no me amparáis, voy á morir sin remedio.

—Eso, al gobierno: mi misión no es amparar á nadie.

Descorazonado el Arte ante tan cruel negativa, salió de la ciudad, y al cruzar la puerta se encontró con la Frivolidad, que cabalmente estaba entrando.

—¿A dónde vas, querida?—le preguntó el hambriento.

—A ver si el Hombre ó la Mujer me tienden su mano protectora: estoy muerta de hambre.

—¿De veras?—exclamó el Arte, admirado.—Pues, amiga mía, ya somos dos: también yo me encuentro en el mismo caso. Y te aconsejo que no te molestes entrando ahí á pedir nada, porque el Hombre te mandará á paseo y la Mujer á escardar cebollinos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—¿Cómo? He hecho la prueba.

Y de pé á pá refirió á la Frivolidad lo que acababa de ocurrirle.

La pobrecilla lloró, el Arte le prodigó sus consuelos, los dos se confiaron sus cuitas, se contaron sus historias, fundieron sus dolores, y á la postre, no sabiendo qué hacer... se casaron.

El amor hace milagros. Si, solo, el Arte no había podido vivir, y la Frivolidad, abandonada á sus fuerzas, estaba muriéndose, unidos se salvaron, triunfaron y tuvieron una hija que se llamó la Moda.

—¡Qué hermosa y gentil era! ¡Qué oleada de alegría invadió la ciudad al presentarse en ella por primera vez!

El Hombre la festejaba y colmaba de caricias, la Mujer se volvía loca de contento al verla pasear. Todos la llamaban, la cubrían de obsequios, ponían á sus piés su voluntad y sus homenajes.—¡Es la Moda!—decían:—La hechicera Moda, la maga del gusto, la reina de la elegancia.

En una palabra: la hija del Arte y de la Frivolidad, la espiritual Moda, se había hecho señora del mundo. Como César, llegó, vió y venció, sin otras huestes que su sonrisa, ni más armas que sus encantos.

Mas ¡ay!, había sufrido tanto el Arte en los días de estrechez, que sin haber podido acabar de formar el corazón y la inteligencia de su hija, se murió.

La Frivolidad derramó abundantes lágrimas; pero consolóse muy pronto, y á los pocos

meses, olvidando la memoria del muerto, trocó sus tocas de viudez en nuevas galas nupciales y se casó con el Capricho.

¡Qué contraste entre éste y el primer marido! Todo lo que el Arte había tenido de serio é inspirado, tenía el Capricho de vanidoso y superficial. Concebir un pensamiento elevado, érale muy difícil; hallar una forma nueva y correcta, imposible.

Su madre ligera, su padrastro desequilibrado ¿qué había de suceder? La graciosa Moda sufrió muy pronto las consecuencias de tan perniciosos modelos.

Falseada su educación, desviado su ingenio, bastardeada su elegancia, la hermosa niña fué degenerando, degenerando, hasta que andando los tiempos acabó por ser... lo que es hoy: una tiranuela sin pizca de sentido común, coqueta, inconstante, de gustos estragados y antojos inverosímiles.

¡Pobre Moda! ¡Si el Arte levantara la cabeza y viese lo que de su hija han hecho el Capricho y la Frivolidad!...

La que fué reina del mundo ¡convertido en grotesco arlequín!...

ADOLFO PALMA

COLECCIÓN ZOOLOGICA.—MONO



El animal que más se parece al hombre.



Una noche de bodas

Alcoba regia. Una cama y muchos muebles. Ella sentada en una butaquita frente á un lavabo, deshace el peinado y lo alisa. El entra abriendo la puerta con estrépito.

Ella.—¡Ay, Jesús, qué susto me has dado!

El (*sonriendo*).—¡Sí que eres miedosa! ¿acaso no me esperabas?

El'a.—¡Qué sé yo! Estoy aturdida. El tragín de hoy me tiene loca. A lo mejor me quedo como si estuviera lela, porque ni acierto á explicar lo que pasa entre mí.

El (*amoroso*).—Las emociones para una doncella tan pura, tan noble, tan inocente como tú, en un día como éste, son fatales. Tranquilízate y dame un beso.

Ella.—¿Un beso? Corriente, tómalo.
(*Besa á su marido con frialdad, distraída.*)

El (*enfadado*).—¿Así...?

Ella.—¿Cómo así? ¿qué significa eso?

El.—Significa que es muy rara cosa y muy divertida también que un hombre se case para recibir un beso tan frío, teniendo derechos que no disfrutaba de novio.

Ella.—¡Santo Dios, qué cara! No entiendo lo que dices.

El (*sentándose y arrimando la silla junto á la butaca de su esposa*).—Vamos á ver: ¿cuántos besos me has dado teniendo relaciones?

Ella (*sonrojándose*).—¡Quita allá! Mira que el recuerdo es oportuno.

El.—¿Cómo que nó?

El'a.—Como que nó, ya está dicho.

El (*acercándose más*).—Comprendo. Las mujeres, todas sois igual. Tenéis el instinto del orgullo; de un orgullo que se eclipsa ó se encoge ante el amante, y saca las uñas, como si fuera un gato, ante el marido.

Ella.—¡Me insultas!

El (*pasándole un brazo por el cuello*).—¡Insultarte! ¿Y en esta noche? ¿En este momento que tanto he deseado, este momento sublime en que la misma sociedad te arroja á mis brazos y en que el alma libre puede gritarte «eres mía,» para que repitas tú «soy tuya»? Lo que quise decir es que en otra ocasión un beso tuyo era ardoroso, apasionado, dulce, y ahora...

Ella (*rechazándole bruscamente*).—Me siento mal, ya te lo he dicho. Estoy cansada. Hace calor y me incomoda.

El.—Pero si estamos en Abril, y otras veces en

pleno Agosto me has echado los brazos al cuello y me has tenido sujeto, sujeto...

Ella.—¿Otra vez?

El (*levantándose*).—Hija mía, no comprendo tu actitud.

Ella.—Ni yo la tuya.

El (*dándose una palmada en la frente*).—Ya comprendo: la inocencia... En fin, ¡qué torpe soy!

Ella.—Nó, torpe nó, malo.

El.—Bueno, malo. Presientes que éste es un instante solemne para tí; sin saber explicarte la razón, tu alma está presa de vaga inquietud. Serénate, ¿quieres que me vaya?

Ella (*enérgicamente*).—Sí.

El.—¿Sí?... ¿Sí?... ¡Lo has dicho de un modo!...

Ella.—Lo he dicho como lo siento. ¿Quieres que sea hipócrita?

El.—Nó, eso nó.

El'a.—Pues vete.

El.—No me da la gana. ¡Bonito estaría que empezaras tan pronto á dominarme, á ejercer tu soberana voluntad, á ponerte los pantalones!

El'a.—¡Qué grosero!

El.—Eso es, insúltame encima. ¡Cuando te amo tanto! (*conteniéndose*): Mira, yo soy justo...

Ella.—Injusto.

El.—Como quieras, lo comprendo todo. Transíjamos. Me pondré á leer un periódico mientras tú te desnudas. Si quieres, me volveré de espaldas. Haré un sacrificio mayor, si te empeñas; aguardaré que estés dormida.

Ella.—No sé... no creo que pueda dormir, y si tú estás á mi lado menos (*con mucha naturalidad, sin asomo de picardía*); valdría más que durmieses en otra habitación y vinieras mañana á despertarme. Te autorizo para que me despiertes dándome un beso.

El.—¿En otra habitación? ¿Después de haber esperado doce horas mortales? ¿Tú sabes lo que te dices?

Ella.—Ya te he dicho que nó; sé que estoy inquieta, que me siento nerviosa, mal...

El.—¿Qué dirían las gentes?

Ella.—¿Las gentes? ¡Pero señor, qué tienen que ver las gentes que hace tres días que se están metiendo en mis asuntos con mi matrimonio!

El.—Nada, pero se burlarían de mí.

Ella.—No lo entiendo, es decir, sí: entiendo, señor marido, que antes ha hablado usted de mi orgullo, y que aquí el único orgulloso es usted.

El (*airado*).—Y yo entiendo que usted es muy caprichosa, si no es que tiene interés en alejarme.

¡Dios mío! ¡haberse casado para recibir tan dura lección!

Ella.—Esa es una ofensa que no perdono: bien decían mis amigas aconsejándome que no me casara. ¡Oh, esto no lo tolero! Mañana pido el divorcio.

El.—Y yo también.

Ella.—Salga usted de aquí.

(Se marcha el marido y cierra furiosamente la puerta. La esposa cae sollozando en un diván. Antes de un minuto abre la puerta el primero).

El.—¿No podríamos dejar eso del divorcio para pasado mañana, puesto que al fin y al cabo ya estamos unidos?

Ella *(levantándose furiosa y cerrando la puerta con llave).*—Nó, nó, y nó.

El *(amenazando con los puños desde la antesala).*—¡Me las pagarás!

Su conciencia.—Tiene razón. Si el hombre no fuera tan impaciente, no sería tan grosero.

GUILLERMINA STOCK

COLECCIÓN ZOOLOGICA.—KANGURO



—Cola, mucha; pero ¡qué poca cabeza!

CONFIDENCIAS

—Hombre, nunca me has contado lo que le ocurrió á tu esposa con aquel joven taimado de conducta sospechosa. Dijeron personas graves que, durante tus ausencias parecía que...

—Ya sabes que engañan las apariencias. Tú has tratado, como yo, bastante á fondo á mi esposa. —Perdona; bastante no; por encima; poca cosa. Pero sé que ella, por gala, suele hablar de su honradez. —Porque es muy buena.

—Y muy honrada.

—Tal vez. —¿Tú crees que por capricho falte ella á las conveniencias? —Nó... pero tú mismo has dicho que engañan las apariencias. No es que yo dude un segundo de tu mujer, nada de eso, pero como todo el mundo murmuró de aquel suceso...

—¡Toma! ¡Y hoy también murmura! ¡Total por una friolera! ¡Porque ví á mi esposa Pura con uno, y dudé si lo era!

—¿Si era tu esposa?

—Nó; lo otro.

—¡Ah, vamos! Y... se adivina que estarías en un potro temiendo estar en berlina.

—Te advierto que mi mujer no me faltó.

—Lo sospecho; pero quisiera saber cómo sucedió aquel hecho.

—Fué el caso que, sin pensar volví á mi casa á deshora cierto día, y al entrar ví á un hombre con mi señora. Me sorprendí, y te confieso que me causó más sorpresa ver que él iba á darla un beso...

¡Si tardo un poco la besa! Debí hacer algo sonado después de lo que hube visto, mas no estaba preparado para aquel caso imprevisto. Quise, ciego de ira, luego castigar aquel insulto... pero como estaba ciego no ví como él escurrió el bulto. Mi esposa me habló serena,

pero yo, alzando la voz, exclamé irritado: «¡Obscena!»

—¡Caramba! ¡Estuviste atroz!

—¡Yo soy así! La hizo daño

mi palabra, moralmente, pues me dijo: «Si te engaño... que te mueras de repente.» Y con entera franqueza me relató lo ocurrido.

Total: que aquel buena pieza con quien la hube sorprendido, no contento con las flores algo cursis que la echaba, la requería de amores que mi esposa rechazaba. Dijo que el bribón quería robarla á la fuerza un beso... ¿Pero qué culpa tenía mi pobre señora de eso? ¿No es verdad?

—Naturalmente.

Y, en fin, ¿lo olvidaste todo?

—Todo, mas nó al delincuente á quien castigué á mi modo.

—¿Le buscaste?

—¡Ya lo creo!

Y una noche le encontré casualmente en un paseo, le cogí y le agarroté...

Recemos por el cobarde.

—Pero qué, ¿murió?

—Sin duda.

¡Murió... tres años más tarde de una pulmonía aguda!

A. SERRA CUBELLS



—Ahora, á dormir. Mañana será otro día.

Notas del eclipse

(POR UN CURIOSO)

Lo primero que pregunta uno al llegar á Alicante, es si, efectivamente, responderá el sol á la cita de los sabios. En el pensamiento mudo proyecta una sombra la incredulidad. Se admira al sol, dan tentaciones de caer de rodillas y adorarlo.

—Mire usted, parece que lo han encendido ahora,—dije á Dotres que me esperaba de regreso de Murcia. Almorzando en la terraza del Suizo, nos burlábamos donosamente de la ciencia y del chasco que se llevarían Flammarión y el abate Moreux. Por supuesto, de una manera discreta, más por culto reverente al astro vívido, padre del día, que por desprecio á las matemáticas celestes, que no podemos nosotros sentir. Pero yo digo que si no hubiera astrónomos, ni inventos, ni cultura (que ya es grande por fortuna en nuestro país) y en aquel instante hubiera surgido por primera vez la figura de la Ciencia vaticinando lo que iba á ocurrir algunas horas más tarde, le habría apedreado la muchedumbre.

A las dos estábamos en Elche la mora. ¡Qué delicioso paisaje descubre la vista! Todo el llano está lleno de palmeras, bosques espléndidos, de gigantescos árboles cuyas ramas recortan graciosamente el azul de los cielos. Daba gusto de ver la generación de curiosos y el bullicio y la zambra que precedió al fenómeno. Los extranjeros poseían una fortaleza con fusiles y todo. Como Dotres tiene horror á las armas (y yo creo que también), me apartó murmurando: —«¡Si irá á repetirse la inmortal batalla de los batanes que giran ahora al viento en lo infinito!»

Elegimos un alto, y desde él vemos como se suben por los troncos de las palmas algunos grandullones; transportados allí de repente, diríamos que aquél es el país de los monos. «Lo que es esos no temen que se acabe el mundo,» digo á mi compañero. A nuestro alrededor la gente alborota, gesticula, va de aquí para allá con movimiento de oleaje que marea. Hay quien se quita la chaqueta y se la pone sobre los hombros para estar más fresco; otros se ponen pañuelos á la cabeza por debajo de las alas del sombrero; éstos abren sombrillas y aquéllos se vuelven de espaldas al sol esperando «que esté nublo.»

De pronto disparan desde el observatorio un cohete que á mí me hace volver la cabeza sobresaltado y á Dotres tropezar con una murciana: como es corto de vista no se le puede reconvenir. ¡Qué es eso?—preguntan unos.—Es que Flammarión se impacienta y le manda un aviso al sol que parece que se duerme. Nó, era que estábamos en el primer contacto. Efectivamente, la muchedumbre calló medrosa; en los rostros se pintó la ansiedad más viva; los cristales ahumados rompieron el fuego. Se levantó un aire molesto que se fué acentuando cada vez más; cantó un gallo; enmudeció la chicharra y le reemplazó el grillo; las aves corrieron espantadas á buscar un hueco; una vieja que estaba cerca de mí se santiguó; Dotres se apartó discretamente de la vecina. ¡Minuto que debería quedar fijado en el reloj de la eternidad, minuto incomparable!

Todos estábamos pálidos, hasta el sol que se iba cayendo en el fondo de aquella araña colosal, negra, que se encaramaba por su disco, y como de rojo que era se iba quedando blanco, parecía él la luna en cuarto menguante. La brisa fría creció moviendo airadamente el ramaje; la sombra invadió la tierra contrastando con la alba y majestuosa claridad de los cielos. Los sabios están emocionados, los profanos sentimos tristeza, algo que se parece á un espanto asombradizo. Y ¡paf! el momento lúgubre sobreviene, el momento solemne que mi pluma se resiste á describir: se ha perdido el sol; le reemplaza una noche siniestra, con penumbra que es más siniestra aún. Nadie respira, nadie dice jota: aunque hay motivos para estornudar, nadie estornuda: yo me aprieto un pañuelo en la boca para evitarlo; la vieja de las cruces está de rodillas y continúa santiguándose. Consuela ver que en esta lucha todas las conciencias se sobreponen á su ignorancia y clavan la pupila denodadamente en la inmensidad insondable. Se ven varias estrellas; una muy clara, con algunas franjas coloreadas; es muy hermosa: es Venus; bien han hecho los poetas en llamarla la estrella del amor.

La irrupción de luz que siguió á este contacto escapa á toda hipérbole; el fuego pareció desprenderse de lo alto como una catarata; el sol apareció soberbio, fulgurante, y, claro está, echando chispas. Resonó un grito espantoso; un «viva» inconmensurable. Dotres dijo: «¡olé tu mare!» Yo le mandé al sol un beso con la mano, porque somos muy buenos amigos. La vieja volvió á hacer la señal de la cruz como si acabara las oraciones. Más tarde todo había concluído y el espacio estaba de nuevo límpido, fulgurante, abrasado por los rayos del sol paternal á cuyo influjo se abren las plantas y sonrío la Naturaleza.

Vimos á Flammarión que nos dijo, en francés por supuesto, una frase parecida á estos versos de Cam-poamor:

... no sé como el sol de vuestra España
no tiene, como el de Asia, adoradores.

Sí que los tiene; doy fe de ello, y firmo:

(Alicante, 1900.)

Olak



—Que es ligera la mujer... ¿quién, si no el hombre, le da
Cierto; pero, con franqueza, ejemplos de ligereza?

Las «honduras» de París

UN apreciable suscriptor, impresionado por un articulito que publicamos hace algunas semanas sobre los escollos que París ofrece á los visitantes de la Exposición, nos ha escrito una carta cuyo objeto principal se condensa en este párrafo:

«Al aludir á las *honduras* en que conviene no meterse, ¿á qué honduras se refiere usted? ¿Sería tan amable que nos explicase en qué consisten esas honduras?»

Con mucho gusto lo haremos, aunque velando un poco las imágenes, pues el asunto es escabroso y no nos atreveríamos á hablar de él sino empleando muchos circunloquios.

Las *honduras* de París, contra las cuales en el referido artículo tratábamos de prevenir á nuestros lectores, son los lazos que sus innumerables mujeres alegres tienden continuamente al forastero, quien muchas veces sale de ellos con la bolsa vacía y las manos á la cabeza.

Defenderse de las damas galantes *sin disfraz*, no es empresa difícil; pero tratándose de

las que no son lo que parecen ni parecen lo que son, la cosa varía y requiere no poca sagacidad.

Hay en París muchas sacerdotisas de Venus que tienen la especialidad de los *coups*. (*Coup*, en este caso, equivale á *ardid*, *celada*, *maniobra*). Estas son las verdaderamente peligrosas y las que deben inspirar al forastero mayor desconfianza.

Los *coups* más usados son los siguientes:

El del *Cementerio*. Van ustedes al *Père Lachaise*, por ejemplo, y cuando más atareados están admirando los suntuosos mausoleos que por doquiera surgen, tropiezan con una enlutada que, afligida y llorosa, parece orar al pie de un sauce. Su pesadumbre es tan grande, que al pasar ustedes por su lado, la infeliz está á punto de desfallecer. Se le acercan inocentemente, tratan de animarla y se ponen á sus órdenes. Ella, que es guapa é interesante, les cuenta una historia tristísima, acepta sus servicios... y ya han caído ustedes.

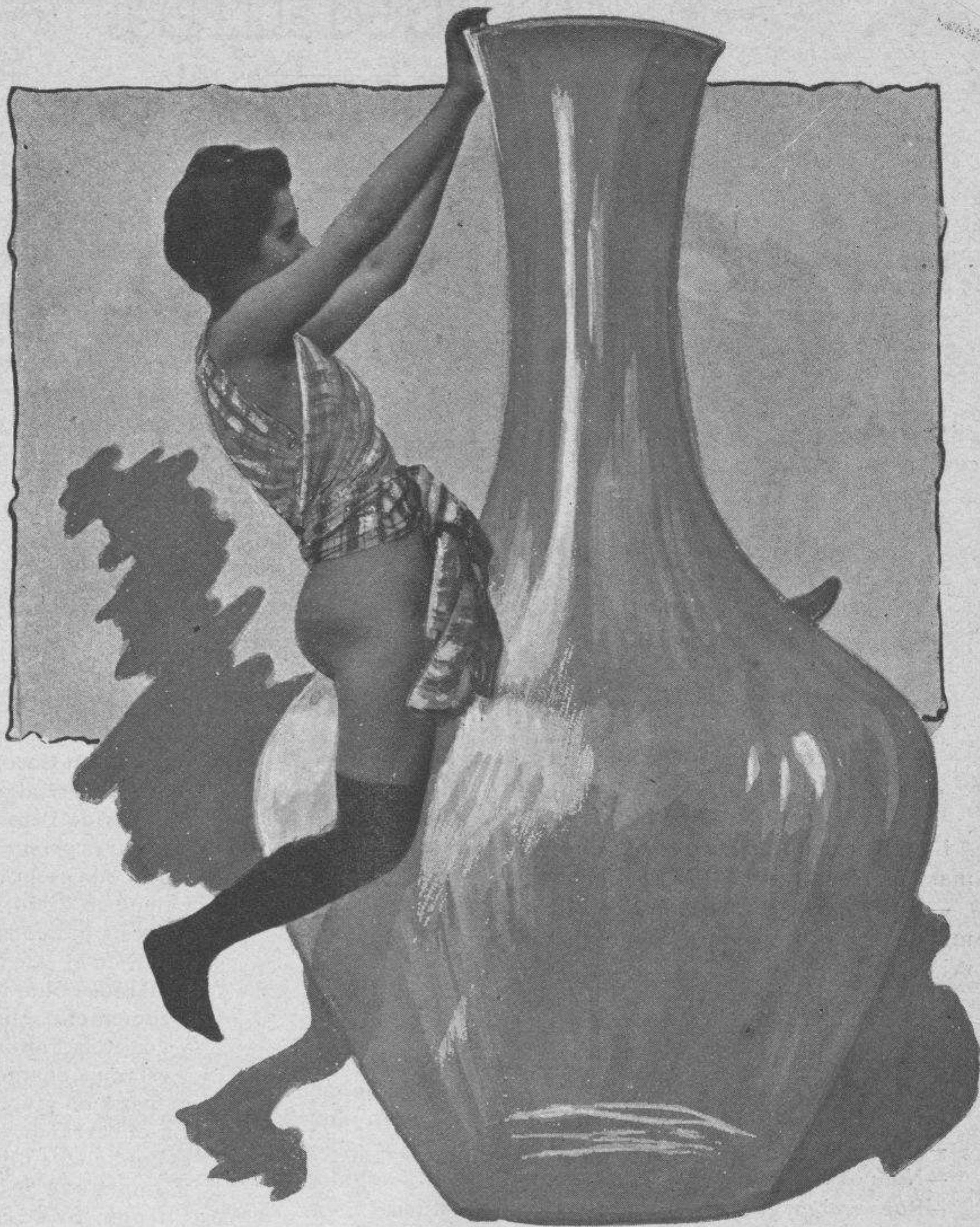
El *coup* de la iglesia. El forastero, por devoción ó por mera curiosidad, ha visitado un templo. Al salir de él, da con una señora que también



—¡A la salud de ustedes y de todos los que pregunten por mí!

¡ARRIBA!

sale y se dispone á tomar el agua bendita. ¿Qué menos puede hacer el caballero que adelantarse y ofrecérsela? La devota le da las gracias con una amable sonrisa y transpone la puerta, levantándose coquetamente el borde de la falda y asestando de paso al forastero una mirada llena de promesas. Se entabla un diálogo. Ella se dedica á obras de beneficencia. Recoje lo que le dan algunos amigos y lo reparte á los pobres. ¿Por qué el forastero no ha de ser también amigo suyo y figurar en sus listas de donantes? Su casa no está lejos... Hablando como dos antiguos conocidos se dirigen á ella y... *consummatum est.*



En esto el gran *quid* está: ¿Subirá ó no subirá?

El *coup* de la *extraviada*. Están

ustedes en el cuarto de su hotel y oyen llamar á la puerta. —«Adelante.» La puerta se abre y entra una elegante modistilla con una caja de cartón. —«¡Ay! ¿Me habré equivocado? ¿No es éste el número 17, piso 3.º? —Nó, señorita, este es el 2.º —¿Más arriba aún? ¡Tan fatigada como estoy! —Si quiere usted descansar un momento... —Mil gracias.» La pobre muchacha se sienta tímidamente... y no es necesario detallar lo demás.

El *coup* del *ómnibus*. Esta vez es una señora que al pasar el cobrador del ómnibus ó del tranvía se encuentra con que ha olvidado ó acaso perdido ¡quién sabe! el portamonedas. Usted, que advierte la turbación de la elegante dama, se apresura á pagar su asiento. La señora se le muestra hondamente reconocida, y al descender del carruaje momentos después, le dice con perfecta sinceridad: —«Caballero, tendré sumo gusto en devolver á usted el servicio que acaba de prestarme. Esta es su casa.» Y le entrega una satinada cartulina, en que se lee un nombre y una dirección...

Hé aquí, querido lector, brevemente expuestas, las *honduras* que el forastero en París debe evitar con más escrupuloso cuidado.

Meterse en cualquiera de ellas, es caminar á un naufragio seguro.

GLEANER

Miscelánea

Cierto hombre vendía en una feria un jarro de plata; apenas lo vió un discípulo de Caco, se llegó á él para tratar de su ajuste. No se convinieron en el precio, y cuando tenia el ladrón el jarro en la mano, le preguntó al vendedor:

—¿Y tú estás cierto de que es plata?

—Eso me han dicho; yo no soy más que un corredor.

—Pues si tú eres corredor, á ver si me alcanzas,— dijo; y lo puso por obra, dejando al pobre lugareño con un palmo de narices.



Baldado estaba Narciso
sufriendo la pena negra,
cuando le llegó un aviso
del funeral de su suegra.

—Siento andar en piés de palo,
—contestó con ceño adusto;—
si no estuviera tan malo,
iría con mucho gusto.



La mujer de un gallego cayó peligrosamente enferma. Llamóse á un médico y le dijo:

—Señor médico, sólo tengo veinticinco duros: ya mate usted ó cure á mi mujer, usted será el dueño de mi corto capital.

La mujer murió y el facultativo reclamó el precio de su trabajo.

El viudo entonces, y antes de pagarle, le preguntó:

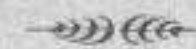
—¿Ha matado usted á mi mujer?

—Nó, hombre, nó; ¡qué barbaridad!

—¿La ha curado usted?

—Nó, por desgracia.

—Pues amigo, el trato es trato: yo le ofrecí á usted pagarle ya la matase ó curase. Usted confiesa que no ha hecho ni lo uno ni lo otro, y, por consiguiente, estamos en paz.



Cierto sujeto muy devoto estaba leyendo un día en la Santa Escritura, y llegó á un párrafo en que decía que un hombre, por castigo de sus pecados, fué poseído por un demonio mudo.

Entonces el devoto, con todo el ardor de su alma, se arrodilló diciendo:

—Dios mío: si un demonio de esta clase se apodera de mi mujer, no la libréis de él: os lo ruego.



Un diputado de Borgoña muy torpe, tuvo que arreglar al príncipe de Condé; y después de ser demasiado prolijo, se cortó varias veces. Concluyó, aunque con mucho trabajo, y preguntó al príncipe qué diría de parte de S. A. á los Estados.

—Decidles,—respondió,—que los dos hemos tenido mucho trabajo; vos en acabar vuestra arenga y yo en escucharos.

Charada

Señor Fernández Luján,
mi querido Director:
en Cartagena la bella
hay mujeres de *mistó*
afirmaba, y ratifico,
en la charada anterior;
pero al ver hoy las murcianas
aseguro como hay Dios,
que si aquéllas valen mucho,
las de aquí, son un primor.
Al llegar, vi á una chiquilla
camino del Malecón;
una serrana, más linda
que el primer beso de amor.
(¡Ay que *figura* más cursi,
otra vez, será mejor).
Le dí un *tres dos* de claveles,
me agradeció la atención,
y somos hoy más amigos
que el gran Coconna y La Móle,
(también soy algo erudito
mi querido Director).
Es de *tres prima* murciana,
según ella aseguró,
y tiene en *Todo*, una prima...
que está pidiendo un bordón...
Aquí, en el café del Siglo,
tomamos chufa los dos,
y comemos... ella en su casa,
y yo, en la Fonda Patrón,
y estamos enamorados
en paz y en gracia de Dios.
En el barrio de San Juan
es donde vive mi amor.
¡Camará que *dos primera!*
Cuando voy á verla yo,
me espera tras de la reja,
parece un rayo de sol,
y nos pasamos las horas
mientras canta el ruiñeñor,
y del Segura escuchamos
el murmullo halagador.

Nada más, Luján amigo,
hasta la próxima; adiós.

MORENO

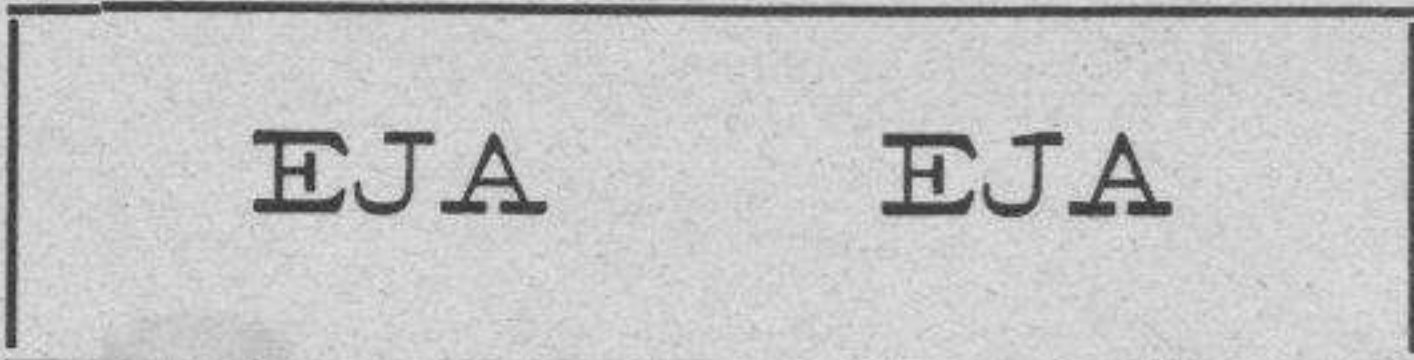


Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 — Ciudad.
- 6 5 1 7 3 2. — Nombre de varón.
- 6 2 3 3 7. — Prenda.
- 3 7 1 7. — Animal.
- 7 3 2. — Juguete.
- 3 5. — Nota musical.
- 1. — Consonante.

F. BENAVENT

Jeroglífico comprimido



IGNACIO CANAS

Soluciones á lo insertado en el número 497:

CHARADA.—Morena.

CUADRO NUMÉRICO.—

A R N I C A
C A N I N A
C A N C A N
N A R R A R
C A I N C A
C A N A N A

Correspondencia

por CLAK

T. S. N.—Claro que un fósforo se enciende rascándolo, si no está húmedo, pero no veo la razón para que eso, que tan natural parece, le inspire á usted un soneto con estrambote... á menos que le haya comisionado la cerillera.

G.—

«Pues vaya, vaya que el caso tiene más de tres bemoles, los nardos se vuelven coles, y á las coles cañamazo.»

¡Adiós, horticultor!

Pipo.—Naturalmente, no puedo yo negarme á ser galante con las damas, pero si puedo negarme á publicar su «dolora». Además, publicándola sería galante con usted, pero nó con esa señorita que no me perdonaría nunca semejante complacencia.

R. L.—¿Quiere usted callarse?

M. D.—¡Gachó, qué mal le han sentado á usted los nísperos! Otra vez procure no comerlos antes de ponerse á escribir!

G. A. L.—Pongamos que es verdad lo que usted dice, y pongamos también que usted es poeta (ahora se pueden hacer semejantes concesiones sin mucho sacrificio): y aun poniendo eso y más, no será cierto que los versos

«arriba que ya comienzan á levantarse las auras, y llena el espíritu de Dios la imponente inmensidad...»

sean publicables. Usted será poeta, sí, pero no sabe versificar.

Crotz.—

«Todo demasiado lleno, ó demasiado vacío...»

Eso lo dijo antes que usted Marti Folguera... Pídale usted daños y perjuicios.

F. B.—Hermoso delirio... que siento que no encaje en LA SAETA... Veamos otras cosas, juguetonas sí, pero menos libres... traviesas, traviesas y nada más.

A. C.—Ni por el asunto ni por la forma; incorrecta ésta, pobre, gastado y sin delicadeza el otro.

Corcho.—Allá vá:

«No has visto niña, graznar á un pájaro, que anda volando con lentitud, cual si quisiera matar á alguno con su gran pico de avestruz? Pues vida mía así—cuando te veo poder quisiera—graznarte á ti.»

¡Corcho! ¡Cuánto disparate!

J. G. R.—El rectángulo, el rombo, el tercio, etcétera, pasan á examen del redactor correspondiente, quien acaba de regresar. Aguarde el próximo número.

S. G.—¿Con que usted no cree que los gatos sean entendidos y filósofos? Es todo un señor problema, efectivamente; yo sólo puedo decirle que he visto á muchos hombres menos filósofos y entendidos que los gatos.

Higinio y Compañía.—R. M. H.—L. D.—Gravoche.—E. E. E.: Nó.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias

LA SAETA

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

— TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a —

Rambla del Centro, kiosco número 3

— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 cénts.

Plum. 499

